

# Continuidad

**Saraor**

*Pasajera, Antropóloga, saritaorte@gmail.com*

Camino con botas negras, tacón alto, imitación cuero. Es de noche y la ciudad parece estar sola. En silencio. Todo el mundo duerme o todo el mundo murió. Mi paso suena duro en el asfalto rígido. Las farolas en la calle, en cambio, son endebles y cálidas; arrojan un brillo que tiembla en las cosas mojadas. Los árboles, la calle, las rejas, los postes, las señales de tránsito, los edificios; todo está húmedo, lujurioso. Todas las tardes de este año ha llovido como si el mundo se fuera a acabar. Las quebradas se desbordan, la ciudad colapsa; tanta lluvia no es normal, en eso estamos de acuerdo todos. Algo está cambiando. Tal vez está naciendo otro mundo.

Un pie justo delante del otro y luego el otro y de nuevo el primero, bien alineados; así camino esta noche, como si fuera una reina, reina de este feudo dormido que huele a tierra húmeda. Camino como una reina porque así aprendí a caminar en esta ciudad. Así aprendemos a caminar las mujeres aquí.

Seguir caminando por la acera se me hace difícil a medida que aparecen raíces de viejos laureles que levantan y rompen el cemento más joven. Serpenteo para esquivarlas, o para no caer en un hueco o en un pantano; porque las aceras así, erosionadas y con tanta lluvia, dejan aparecer unos charcos viscosos, como si el inframundo quisiera salir a tomar oxígeno. Ante la dificultad de seguir cívicamente por la acera, termino caminando en medio de la calle, al fin de cuentas, se fueron todos los carros esta noche. Qué bonita la ciudad así acallada, Gonzalo. Puedo escuchar mis propios pasos, mi respiración. Aunque tanto silencio también asusta.

Voy andando firme por la mitad de la calle hasta que me detiene un árbol viejo, grueso, alto y espeso. No me detiene con sus raíces, sino con una flor amarilla que cae de una de sus ramas que forma un arco sobre la calle. La flor cae justo delante de mis botas negras. No hace ningún ruido. El dramatismo de su descenso me hace pensar si será este un signo. Me obliga a detenerme. Tal vez

el árbol quiera advertirme algo, como la confesión de una vieja amiga que ha decidido suicidarse. Siento el impulso de agacharme a recoger la flor amarilla y de llevármela al pecho o colocármela detrás de la oreja. Qué hacer, qué sentir, frente a una flor que cae ante nosotros, no es algo que se nos enseñe en la escuela ni en casa.

¿Olerla, usarla como adorno, pisarla, dejarla ahí y seguir? Opto por la última opción. No soy ese tipo de persona que cree en el espíritu de las plantas.

Al cabo de unos pasos me llega un presentimiento de que alguien me sigue. Es que no es normal que la ciudad esté tan sola y callada. Como tampoco es normal tanta lluvia en esta época del año. Hay sospechas. Me giro para enfrentar mi presentimiento con un poco de temor, pero solo encuentro, distante, al árbol viejo que me detuvo y a la flor amarilla que persiste sola y silenciosa en medio de la calle. Ya estoy cerca de casa y prosigo mi camino con un paso más apresurado, hasta que miro hacia el puente de madera que atraviesa la quebrada que en unos momentos cruzaré. Me gusta, siempre que paso el puente, detenerme a mirar unos segundos la quebrada y la vegetación abundante verde que la rodea. Esta selva nos tragará un día, pienso. A lo lejos alcanzo a distinguir una silueta detenida en el puente. Es una silueta de mujer, no tengo dudas. Me da cierto alivio notar que así sea. Es otra mujer.

A medida que me voy acercando al puente mi paso se vuelve menos firme, más lento. Estoy segura de que la mujer no me ha visto. Pronto, la silueta reemprende su camino. Va en la misma dirección que la mía, pero camina lento, más lento que yo.

Ya en el puente, me detengo para mirar la quebrada. El agua baja estrepitosa, invadida de tierra, palos, hojas babosas casi deshechas y una espuma blancuzca. Lo bello en el trópico. Antes de que la canalizaran, la quebrada se desbordaba cuando llovía mucho. Yo no recuerdo cómo era ella antes, sin canalizar. Me pregunto si la mujer que estaba aquí, hace unos minutos, también se habrá

detenido a mirar el torrente. Me llega una curiosidad por saber si detrás de mí vendrá otra mujer, y si el árbol también la detendrá a ella y si habrá detenido a la anterior, también con una flor amarilla. Me inquieto por saber si se habrán ellas atrevido a tomar el signo entre sus manos; si lo habrán olido, o lo habrán acercado a alguna parte de sus cuerpos para descifrarlo. Y ¿estará viendo en este instante, la mujer que viene, mi silueta detenida en medio del puente?, ¿me habrá visto la mujer que me antecede?

Hoy tal vez no estoy preparada para mirar hacia atrás y ver lo que viene. Pero lo presento. Todos debemos saberlo. Siempre hay alguien detrás de nosotros. También siempre hay muchos adelante que ya transitaron por donde vamos nosotros ahora. No giro mi cabeza esta vez. Hoy no puedo verla, hoy me gana la nostalgia de sentir el tiempo propio extinguirse. Al tiempo me reconforta saber que alguien me precede y me precede en este camino y puedo así sostenerme en este puente. La casa está ya muy cerca. Sigo caminando hacia ella, como cada noche. 🌧